



Migraciones y tradiciones

La herencia religiosa del Cercano Oriente Antiguo en el naciente Islam

Martín Cifuentes
Universidad Nacional de Luján



Resumen

El presente artículo busca revisar la influencia que ha recibido el Corán de antiguas tradiciones orales que conformaban parte de un sustrato oral ajeno a las tradiciones de las instituciones religiosas oficiales de la época. Nos referimos a una transmisión de leyendas judeocristianas que se pueden encontrar presentes en los relatos fantásticos del sura 18 «La caverna». Son una clara muestra de cómo estas tradiciones milenarias fueron absorbidas por el Corán bajo la predicación del Profeta Muhammad.

Palabras clave: Islam, Profeta Muhammad, Judaísmo, Cristianismo, Tradiciones orales, Árabes.

Resumo

Este artigo procura rever a influência que o *Alcorão* recebeu de antigas tradições orais que faziam parte de um substrato oral estranho às tradições das instituições religiosas oficiais da época. Nós nos referimos a uma transmissão de lendas judaico-cristãs que podem ser encontradas presentes nas histórias fantásticas de sura 18 «A caverna». Eles são um exemplo claro de como essas antigas tradições foram absorvidas pelo *Alcorão* sob a pregação do Profeta Muhammad.

Palavras-chave: Islã, Profeta Muhammad, Judaísmo, Cristianismo, Tradições orais, Árabes.



Abstract

This article seeks to review the influence that the Quran has received from ancient oral traditions that formed part of an oral substratum alien to the traditions of the official religious institutions of the time. I refer to a transmission of Judeo-Christian legends that can be found present in the fantastic stories of sura 18 «The Cavern.» They are a clear example of how these ancient traditions were absorbed by the Quran under the preaching of the Prophet Muhammad.

Keywords: Islam, Prophet Muhammad, Judaism, Christianity, Oral traditions, Arabs.

Acerca de Martín Cifuentes

Graduado de la carrera de historia de la Universidad Nacional de Luján. Actualmente es profesor en el Departamento de Investigación de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Luján. También se desempeña como docente en el Departamento de Historia del Instituto Superior del Profesorado Dr. Joaquín V. González (ISP Dr.JVG) y en el Instituto Superior de Formación Docente y Técnica N° 46 (ISFDyT N° 46). Es Coordinador General del Centro de Estudios de Historia Antigua (CEHA) del ISP Dr.JVG. Sus áreas de investigación son historia antigua, Antiguo Cercano Oriente, historia de las religiones y culturas antiguas.

Cita recomendada de este artículo

Martín Cifuentes (2017). «Migraciones y tradiciones: La herencia religiosa del Cercano Oriente Antiguo en el naciente Islam». *Horizontes Decoloniales* 3: pp. 35–60. [Revista digital]. Disponible en: <<http://horizontesdecoloniales.gemrip.org/>> [consultado el dd de mm de aaaa].



Este obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-NoDerivadas 3.0



Las huellas de una nueva tradición

Adoraremos a tu Dios y al Dios de tus padres: Ibrahim, Ismail e Ishaq, que es un Dios único; y a él estaremos sometidos [seremos musulmanes].

Corán 2.132

Generalmente cuando pensamos en el Islam nos imaginamos una religión que convoca a millones y millones de personas distribuidas por el Cercano Oriente y los diversos rincones del globo. También asociamos a esta religión —por su cercanía e influencias doctrinales— con las creencias de judíos y cristianos. Sin embargo, estos tópicos recurrentes generalmente nos hacen perder de vista sus modestos orígenes, los cuales han sido tan pequeños y oscuros como los de cualquiera de las grandes religiones de nuestro mundo actual.

Como ocurre con todos los credos, en su origen tienen un fundador, un personaje que verdaderamente se sale de la media. Para el Islam este lugar lo tuvo Muhammad, un piadoso caravanero del clan Hashim de la ciudad mercantil de La Meca. Al volver sobre la juventud del Profeta nos encontramos con los orígenes de sus creencias y también con la huella de todas aquellas tradiciones religiosas heterodoxas que surcaban aquellos caminos de caravanas.

El presente artículo busca indagar acerca de la influencia que tuvieron en la primera etapa de la prédica del Profeta, ocurrida en La Meca, las tradiciones populares que se difundían en los viajes de caravanas que iban desde Siria hasta Yemen, pasando por el Hiyaz. Relatos, mitos y leyendas —en muchos casos de transmisión oral— cuyos orígenes se perdían en tiempos lejanos fueron propios de la vasta tradición cultural que dio vida a ese multiforme Antiguo Cercano Oriente.



La tradición siríaca

El camino de las caravanas

En aquel tiempo La Meca no solo era el corazón comercial de la región del Hiyaz sino que la ciudad se había convertido verdaderamente en el centro neurálgico del tráfico caravanero. Los diversos grupos árabes que se hallaban instalados en el Cercano Oriente se encontraban instalados desde las regiones de Siria y Alta Mesopotamia hasta el Yemen. Es decir, que La Meca estaba en el corazón de una arteria de tráfico mercantil que unía a todo un sustrato cultural árabe que iba desde Siria hasta el Yemen.

En ese contexto, el joven Muhammad había participado de estas expediciones comerciales que lo llevarían a conocer un mundo más vasto. Así parece recordarlo Tabari en el siglo IX d.C.

Cuando el grupo se detuvo en Bosra, en Siria, encontraron a un monje al que se llamaba Bahira, que habitaba en una ermita y era conocedor de la ciencia de los cristianos. Siempre había vivido en esa ermita un monje, cuya ciencia provenía de un libro que, según decían, se transmitían como herencia unos a otros. Cuando la caravana se detuvo ese año cerca de Bahira, este les preparó mucho alimento, porque estando en su ermita había visto al Enviado de Alá, el cual se distinguía de sus compañeros porque su sombra estaba cubierta por una nube (Tabari, *Annales*, citado por Rodinson, 1994: 86-87).

Este es un recuerdo tardío, propio de la tradición musulmana y, por lo tanto, tenemos que ser cuidadosos a la hora de utilizarlo para buscar alguna información sobre la juventud del Profeta. La clara intención de este relato es



mostrarnos a través del monje Bahira que un cristiano reconocía en el joven Muhammad el «sello de la profecía». Podemos ver que, aunque fuera con fines propagandísticos, los propios musulmanes reconocían que Muhammad había realizado estos viajes a algunas ciudades de Siria como Bosra, una ciudad que tuvo una importante presencia en la región llegando a estar bajo el dominio de nabateos, romanos y bizantinos (Masturzo, 2002: 290).

Aunque el encuentro hubiera sido ficticio, es muy probable que Muhammad tuviese algún conocimiento sobre estos monjes que habitaban en refugios al borde de los caminos de las caravanas. Es importante recordar que el movimiento eremítico y ascético que se originó con los padres del desierto egipcio y sirio, también se extendió hacia la región de Nafud en Arabia. Este movimiento tuvo gran auge entre los siglos IV y VI d.C. (Monferrer Sala, 2003b: 24). En el *Corán* encontramos que Muhammad hace una crítica a este tipo de ascetismo monástico cristiano en el sura 57 «El Hierro», revelado en Medina:

hicimos venir a Isa (Jesús) el hijo de Maryam (María), al que dimos el Inyil. Y pusimos en los corazones de los que le siguieron piedad, misericordia y el monacato, novedad que ellos instituyeron sin que se lo hubiéramos prescrito, buscando únicamente el beneplácito de Allah (Corán 57.26).

Estos pasajes del *Corán* y la tradición fueron utilizados con la finalidad de reforzar la idea que Muhammad era verdaderamente el Profeta y que llevaba adelante un mensaje revelado. Detrás de estas afirmaciones se nos presenta la sospecha de que efectivamente Muhammad había tenido algún tipo de contacto con ascetas o algún tipo de tradiciones religiosas que circulaban en la región de Siria. Por lo tanto, el carácter de la prédica de Muhammad tiene una fuerte relación con las tradiciones populares que circulaban de Siria



hasta el Yemen, pasando por La Meca a través de la ruta de las caravanas.

Tradiciones populares

La tradición musulmana cuenta que los líderes de La Meca, en su lucha por descalificar el rol profético de Muhammad, consultaron a los rabinos de Yahtrib (Medina) sobre algunas leyendas que Muhammad desconocía para ponerlo a prueba (Lings, 1989: 89-92). El Profeta se demoró varios días en dar contestación sobre tres historias que le refirieron los rabinos. Cuando finalmente se produjo la revelación, lejos de zanjar la discusión, los enemigos del Profeta rechazaron que su respuesta tuviera carácter revelado. Suponían que se había tardado varios días en contestar no porque tuviera que esperar la inspiración divina, sino porque había consultado con aquellos expertos a los que siempre indagaba sobre estas cuestiones (González Muñoz, 2007: 126).

Este episodio de la tradición no puede darse por válido pues ha sido puesto por escrito muy tardíamente. Por lo tanto, no nos interesa discutir sobre la veracidad de este episodio, sino analizar la naturaleza de estas historias. Cabe mencionar que estas leyendas, que no pertenecen a la Biblia ni a los evangelios apócrifos, quedaron registradas en el Sura 18 «La Caverna».

Esto implica que estas historias que recoge el *Corán* pueden proceder de una tradición oral de origen sirio. La primera de ellas es la leyenda de *Dhul-Qarnayn* [Alejandro el bicorne]. La figura de Alejandro Magno, representado como un macho cabrío con dos cuernos, proviene del libro de Daniel (8.3-12). Allí, el profeta es trasladado por una visión hasta Susa, para presenciar el enfrentamiento entre dos machos cabríos «bicornes», el de Oriente y el que avanza desde Occidente, siendo este último el que resulta vencedor



en la contienda. Luego el ángel Gabriel le explica que esto significa el triunfo de Alejandro sobre los persas (Dn 8.15-22). Aunque esta leyenda también parece contener algún rastro del viaje de Gilgamesh (Rodinson, 1994: 190; Vernet, 1995: 46), parece provenir de la llamada *Leyenda siríaca de Alejandro* (Van Bladel, 2008: 176). En este relato podemos apreciar los viajes de Alejandro al confín del mundo para enfrentar a los personajes bíblicos de Gog y Magog:

Y te preguntarán sobre Dhul-Qarnayn, di: Voy a recitaros una mención sobre él: Verdaderamente le dimos poder en la tierra y de cada cosa le dimos un medio. Y siguió uno de ellos. Así cuando hubo alcanzado el poniente del sol, encontró que éste se ponía en un manantial cenagoso y halló junto a él una gente (Corán 18.84).

Recordemos que en Génesis 10.2 y 1° Crónicas 1.5 se hace referencia a Magog como un pueblo que desciende de Jafet, hijo de Noé. En Ezequiel 38.2, Gog y Magog [«país de Gog»] vuelve a ser presentado como un pueblo, de origen difuso, pero que viene a traer tribulaciones a Israel por sus pecados y, en última instancia, representa un instrumento divino.

Otra cita del Corán lee:

Luego siguió un camino. Hasta que llegó a donde nacía el sol y encontró que nacía sobre una gente que no tenía nada que lo protegiera de él. Así fue y teníamos un conocimiento preciso de su situación. Luego siguió un camino. Hasta alcanzar las barreras de las dos montañas encontró detrás de ellas a una gente que apenas comprendían una palabra. Dijeron: ¡Dhul-Qarnayn! En verdad Yayuy [Gog] y Mayuy [Magog] son corruptores en la tierra. ¿Quieres que te entreguemos un tributo para que hagas entre ellos y nosotros una muralla? (Corán 18.87-90).



La segunda es la historia de «Los siete durmientes de Efeso». En este relato un grupo de jóvenes piadosos logra ser salvado por Allah de la persecución de un emperador romano:

Te habría parecido que estaban despiertos, sin embargo, dormían. Los cambiábamos de posición, a la derecha y a la izquierda, mientras su perro permanecía con las patas extendidas junto a la entrada. De haberlos descubierto te habrías alejado de ellos huyendo y te habrías llenado de terror. Y entonces los despertamos para que se hicieran preguntas. Dijo, uno de ellos: ¿Cuánto tiempo habéis estado? Dijeron: Hemos estado un día o parte de un día. [...] Habían estado en su caverna trescientos años y nueve más (Corán 18.18 y 25).

Dios logra mantener a los jóvenes dormidos durante trescientos años, una historia que probablemente proviene del tiempo de las persecuciones de los romanos sobre los cristianos. Lo llamativo de este relato, que no se encuentra en ningún evangelio, es que forma parte de la tradición de la Iglesia Siria (Griffith, 2008: 116-117). Esta historia logró llegar hasta el *Corán* a través del corredor de rutas caravaneras siro-arábigo en tiempos de Muhammad (Rodinson, 1994: 190). Por lo cual, nos volvemos a encontrar con una conexión entre el mensaje del Profeta y las tradiciones que circulaban en la región de Siria.

La tradición árabe

El pasado de los árabes

El origen de los contactos a través de caravanas entre los árabes y el Cercano Oriente se encontraba ya documentado a



partir de las crónicas de Salmanasar III sobre la batalla de Qarqar ocurrida en el 853 a.C., la cual quedó registrada en varias versiones de los anales asirios siendo la versión más conocida la que se encuentra en el monolito de Kurkh (Pfoh, 2010: 147). En los siglos VII y VI a.C. se hizo visible la movilidad de tribus provenientes del Hiyaz que tomaron un fuerte contacto con el *hinterland* agro-pastoral de Palestina. Nos referimos a las tribus de los ismaelitas y madianitas que provenían del Hiyaz central y meridional respectivamente (Liverani, 2005: 97).

Las fuentes bíblicas —que Mario Liverani (2005: 99) fecha hacia los siglos VII y VI a.C.— dejaban constancia de las actividades comerciales de estos grupos y de sus ocasionales ataques de pillaje sobre los grupos sedentarizados:

Quando sembraba Israel, venía Madián, con Amalec y los hijos de Oriente: subían contra Israel, acampaban en sus tierras y devastaban los productos de la tierra hasta la entrada de Gaza. No dejaban víveres en Israel: ni ovejas, ni bueyes, ni asnos, porque subían numerosos como langostas, con sus ganados y sus tiendas. Ellos y sus camellos eran innumerables e invadían el país y lo saqueaban (Jue 6.3-5).

Estas tribus de origen semítico que estaban emparentadas con los grupos étnicos asentados en Palestina explicaban sus semejanzas por el lenguaje de la ancestralidad y la genealogía (Tebes, 2006: 190-191). De este modo, la proximidad de los grupos pastores/caravaneros árabes se fundamentó en la Biblia Hebrea mediante la figura de un ancestro fundador: Ismael. Tras la separación de su padre Abraham en beneficio de la rama de Isaac y Jacob —los hebreos— sus descendientes debían de habitar en los márgenes del desierto:



Estos son los descendientes de Ismael, hijo de Abraham, el que tuvo Abraham de Agar la egipcia, esclava de Sara; y estos son los nombres de los hijos de Ismael, por orden de nacimiento: El primogénito de Ismael, Nebayot; después Quedar, Abdeel, Mibsán, Mismá, Dumá, Jadad, Temá, Yetur, Nafis y Quedmá. Estos son los hijos de Ismael, y éstos sus nombres según sus poblados y aduares: doce caudillos de otros tantos pueblos (Gén 25.12-16).

Los grupos árabes que se movilizaban a través del desierto por fuera de las ciudades y civilizaciones del Cercano Oriente comenzaron a sedentarizarse. Con el paso de los siglos los árabes se asentaron en Siria y se desplegaron a lo largo de toda la franja que iba desde Alta Mesopotamia hasta Palestina. En este proceso tuvo un lugar central el reino de los nabateos con capital en la ciudad de Petra. Alcanzó su esplendor en tiempos de Aretas I llegando a ocupar la ciudad de Damasco en Siria.¹ Nos ha dejado rastro de su expansión una inscripción encontrada en las costas italianas de Pozzuolli realizada por mercaderes nabateos fechada en el 5 d.C.: «Este es el santuario restaurado [...] por la vida de Areta, rey de los nabateos; hijo de Huldu, su mujer, reina de los nabateos, y de sus hijos».²

Ciudades como Petra, Bosra, Hatra y Palmira se convirtieron en encrucijadas de las culturas árabe y helenística dando forma a una particular impronta cultural. Paralelamente a la sedentarización de los árabes del norte, influenciados por por la cultura de las civilizaciones del

¹ Con este rey podríamos decir que comienza la etapa de esplendor (169 a.C.) del reino nabateo. Su figura se encuentra presente en los libros deuterocanónicos —2 Macabeos 5.8— pues en su reino se exilió Jasón, el sumo sacerdote puesto por Antíoco IV Epífanes en 165 a.C.

² Todas las inscripciones árabes han sido extraídas de Moscati (1960: 212-213).



Cercano Oriente, en el sur de Arabia, florecieron de manera autónoma otras grandes culturas.³ Entre ellas la más conocida ha sido la del reino de Saba que se encuentra presente en el mítico encuentro entre Salomón y su reina (1° Re 10.1-3). Se han conservado asimismo inscripciones epigráficas que nos dan muestra del poderío de este reino en la región del Yemen:

Ilsharad Yahdub y su hermano Yazil Bayyin, rey de Saba y Dhu Raidán, hijos de Farium Yanhub, rey de Saba, ha dedicado a Ilumquh...estas estatuas de plata, porque ha escuchado y socorrido a su siervo Ilsharad Yahdub, sometiendo a todas las tropas y tribus que han sostenido guerra contra ellos, tribus del norte y del sur, del campo y de la estepa (Inscripción de tiempos de los reyes de «Saba y Dhu Raidán», ca. S.II a.C).

Producto de desarrollos divergentes, las civilizaciones construidas por los árabes del norte y del sur habían conectado a través de las rutas caravaneras el horizonte territorial del Cercano Oriente. Se había constituido una cadena que conectaba al Mediterráneo con el mar Rojo y el océano Índico. Como consecuencia de esa apertura diversas comunidades de los árabes del norte se convirtieron al cristianismo nestoriano o monofisita mientras que en el sur se había ido expandiendo el judaísmo. (Manzano Moreno, 1992: 30-31). Contrariamente, en la región del Hiyaz las tradiciones judeo-cristianas convivían con el politeísmo presente en la región y la ciudad de La Meca era el centro religioso y baluarte de estas creencias.

³ El reino más importante del sur de Arabia fue el de los sabeos, que no solo se encuentra atestiguado en la Biblia Hebrea en el famoso encuentro entre Salomón y la reina de Saba (1° Re 10.1-13), y que la arqueología lo ubica próximo al inicio del I milenio a.C. En esta región también surgieron otros reinos prósperos que el de los mineos, Qatabán, Hadramaut.



Las civilizaciones perdidas

Antes de la aparición del islam se desarrolló durante siglos en el Hiyaz una fuerte tradición poética. Esta tradición de carácter oral y conocida como poesía preislámica fue volcada al papel posteriormente a la composición del Corán, conservando un importante registro de lo que había sido la poesía del desierto. Los bardos de las tribus del desierto habían mantenido el recuerdo de aquellas ciudades ya desaparecidas, de las que no se conservaban más que ruinas:

¡Oh tú, que vez a Raimán caído en ruina! Las zorras hoy lo habitan, después de los hombres a quienes sirvió de refugio: Los persas se hicieron sus dueños, después de los abisinios, hasta destrozar la puerta. Ahora lo ves con las cimas derrumbadas, los escombros esparcidos por el viento. Yo lo ví en una época de vida feliz, en estado floreciente. Ahora está en desértico abandono: ¡No hay joven a quien dure eternamente la juventud! (Poesía árabe preislámica citada en Moscati, 1960: 238).

Este lamento del poeta al-Asha recuerda los tiempos de gloria del castillo surarábigo de Raimán, conquistado primero por los etíopes y luego los persas durante el siglo VI d.C. El poeta compara la declinación de aquellas grandes construcciones con lo efímero de la propia vida humana. El Corán retoma ese recuerdo de los ciclos de florecimiento y decadencia de aquellas civilizaciones: «¡Cuántas ciudades injustas hemos destruido quedando en ruinas sobre sus cimientos! ¡Y cuantos pozos quedaron desiertos y cuantos elevados palacios!» (Corán 22.43).

Como podemos apreciar en el citado pasaje, el Corán toma el recuerdo de aquellas ciudades con un tono de denuncia y castigo. Al lamento nostálgico del poeta —ante el fin de estas ciudades— la recitación de Muhammad le agrega un carácter



ético. A diferencia de los poetas —que son inspirados por la musa— Muhammad recibe inspiración y conocimiento de estas historias por voluntad de Allah: «Todo esto te lo contamos como parte de las noticias de los mensajeros para con ello afirmar tu corazón» (Corán 11.119).

En el Corán esta tradición de pueblos ya desaparecidos es interpretada por Muhammad como la evidencia de un castigo divino a ciudades prosperas que desaparecieron por desoír el llamado de Allah. De este modo, las leyendas sobre los pueblos de Ad, Tamud, Madyan y Saba que se encuentran en el Corán tienen como finalidad advertir a los líderes de La Meca que esta próspera ciudad podría sufrir el mismo castigo que sus predecesoras si no seguían las enseñanzas de Muhammad:

Igual que los que hubo antes que vosotros, eran más fuertes en poder, riquezas e hijos y gozaron de la suerte que les tocó. Y vosotros estáis gozando de la suerte que os ha tocado como los que os antecedieron gozaron de la suya; y os habéis entregado a la frivolidad del mismo modo que ellos lo hicieron. Esos son aquellos cuyas obras son inútiles en esta vida y en la otra. Son los perdedores (Corán 9.69).

A través de estas exhortaciones proféticas —que llaman al arrepentimiento a los habitantes de La Meca— se trasluce el recuerdo de aquellas ciudades desaparecidas. El Corán nos deja un austero retrato de las características de aquellas ciudades preislámicas que fueron cuna de la cultura árabe. Nos hace mención a las inscripciones que dejaron escritas en las estelas que cruzaban caminos, sus fortificaciones y palacios, de la prosperidad de los oasis que habitaban y de su poderío militar en el control de las caravanas: «¿Cómo es que edificáis señales en los lugares elevados de cada camino por capricho? ¿Y os construís fortalezas como si fuerais a ser



inmortales? ¿Y cuándo atacáis os comportáis como tiranos? ¡Temed a Allah y obedecedme!» (Corán 26.128-131).

Otra mención interroga: «¿Acaso vais a ser dejados a salvo en lo que tenéis? ¿En jardines y manantiales, cereales y palmeras de tiernos brotes? ¿Y esculpís casas en las montañas con arrogancia?» (Corán 26.146-149).

La prédica de Muhammad retomó el recuerdo de estas civilizaciones pasadas para explicar que ellas no habían desaparecido producto de contingencias políticas o climáticas, sino por obra de Allah. Este era un recurso que le permitía atacar a los líderes de La Meca anunciándoles un próximo castigo en continuidad con lo que había ocurrido con las otras grandes ciudades árabes. A pesar de que en el Corán el recuerdo de estas ciudades se conservaba bajo el barniz de la inminencia del juicio final sobre la Meca, podemos encontrar algunas alusiones a catástrofes verdaderas como fue la destrucción de la presa de Marib (575 d.C.), que causó la caída del reino sabeo (Vernet, 2001: 28):

Realmente la gente de Saba tenía un signo en donde habitaba: Dos jardines a ambos lados: derecha e izquierda. ¡Comed de la provisión de vuestro Señor y agradecedle! Es una buena tierra y Él es un Señor indulgente. Pero se desviaron y enviamos contra ellos la inundación del dique y convertimos los dos jardines en otros con arbustos espinosos y amargos, tamariscos y algún azufaifo (Corán 15.16).

Junto con el recuerdo de la destrucción de la presa de Marib y el posterior declive del reino de Saba, también el Corán guarda un recuerdo de las relaciones que este reino tenía con las ciudades que unían la ruta de caravanas de Siria al Yemen: «Habíamos dispuesto entre ellos y las ciudades que habíamos bendecido, ciudades conectadas entre sí de manera



que las etapas del viaje venían a la medida. ¡Viajad a salvo, a través de ellas, de noche y de día!» (Corán 15.18).

Este recuerdo que guarda el Corán sobre el lugar central que ocupaba el reino de Saba en el tráfico caravanero quedó plasmado en la leyenda del encuentro entre el rey Salomón y la reina de Saba tanto en la Biblia Hebrea como en el *Corán*. Existen también fuentes extra-bíblicas que atestiguan que estos intercambios eran muy antiguos:

Gentes de Tema y de Saba, cuyas moradas están lejos, un mensajero de las cuales no vino a mi presencia y que no se habían presentado ante mí, una caravana suya se acercó al pozo Martu y al pozo Halatum, y pasaron adelante hasta llegar a Hindanu. Yo me enteré a mediodía en Kar-Apladad, aparejé mis carros, por la noche crucé el río, y al día siguiente, antes del mediodía, llegué a Azlanu. Tres días permanecí en Azlanu, y al tercero llegaron. A cien capturé vivos y tomé doscientos dromedarios suyos como mercancías: lana purpúrea, hierro, alabastro y todas las demás cosas. Me apoderé de un gran botín y me lo llevé a Suhu (Frame, 1995: 300).

El relato de este gobernador asirio describe la forma en que asaltó una caravana de comerciantes provenientes de Saba, que probablemente había pasado por Tema. Los relatos bíblicos y extra-bíblicos nos dan testimonio de grupos nómades —ismaelitas, madianitas y amalecitas— y de antiguas ciudades de origen árabe, tales como Tema y Saba. Por otro lado, vemos que en el *Corán* —aunque de manera distorsionada y con fines proféticos y propagandísticos— se mantenía aun el recuerdo de aquellas antiguas civilizaciones, de su vida próspera y refinada y del lugar central que ocupaban en el comercio caravanero que unía Siria con el Yemen, pasando por el Hiyaz.



Un recorrido milenario

Los profetas árabes

De lo expuesto podemos apreciar que a oídos de Muhammad habían llegado tradiciones populares provenientes de Siria y también de las propias civilizaciones perdidas de Arabia. Este recuerdo de aquellas tradiciones que el Profeta conservó en el *Corán* se encontraba atravesado por el carácter ético de la prédica del Profeta en un clima de disputas con los líderes de La Meca. El propio libro da testimonio de que los detractores de la prédica de Muhammad sostenían que esta no era fruto de la inspiración divina, sino que provenía de leyendas tomadas de sus viajes como caravanero y sus contactos con cristianos: «Y cuando se les dice: ¿Qué es lo que vuestro señor ha hecho descender? Dicen: Leyendas de los antiguos» (Corán 16.24).

Debido a que los líderes del Quraysh legitimaban su poderío en la tradición del panteón politeísta de la ciudad y la tradición de los poetas, estos fueron condenados por Muhammad. De este modo, frente a las críticas que le hacían sus detractores se encargó de negar estas acusaciones afirmando el carácter revelado de su palabra y denunciando que el arte de los poetas procedía de los demonios:

¿Queréis que os diga sobre quien descienden los demonios? Descienden sobre todo embustero y malvado que presta oído. La mayoría de ellos son mentirosos. Así como sobre los poetas a los que siguen los descarriados. ¿Es que no ven como divagan en todos los sentidos? ¿Y que dicen lo que no hacen? (Corán 26.220-225).



Estas tradiciones orales solo se han conservado en el relato escrito del Corán o en recopilaciones poéticas posteriores (Vernet, 2001: 22). Esto implica que dichas leyendas se encuentran atravesadas por la impronta profética de Muhammad y por el clima de disputa religiosa y por acusaciones cruzadas entre el Profeta y los líderes del Quraysh. Por tanto, no podemos saber fehacientemente de que forma circulaban estos relatos en la etapa preislámica.

El hecho de que en el Corán las leyendas del ocaso de aquellos pueblos hayan sido utilizadas para anunciar un castigo inminente sobre La Meca se relacionaba con una tradición de «castigos divinos» contenidas en antiguas leyendas bíblicas. La desaparición de los pueblos de los Ad, Tamud, Madyan y Saba se encontraba en el *Corán* ligada con los castigos sufridos por los pueblos de Noé, Abraham, Lot y Moisés. No sabemos si las leyendas de los pueblos árabes desaparecidos circulaban de manera conjunta con las leyendas de los pueblos de los patriarcas hebreos o si estas tradiciones se ligaron bajo la prédica de Muhammad.

En la secuencia que nos narra el *Corán* encontramos que cada una de estas ciudades árabes había recibido el anuncio de un profeta. Hud, para los Ad, Salih para los Tamud y Shuayb para los de Madyan. Un grupo de profetas árabes, que se unía a Noé, Abraham, Moisés y Lot, anunciadores de la destrucción de otros pueblos míticos como el de Sodoma y Gomorra:

¡Gente mía! [Shuayb] Que no os pueda vuestra oposición contra mí para que no os suceda lo mismo que le sucedió a la gente de Nuh [Noé] a la gente de Hud o a la de Salih. Y no queda muy lejos de vosotros de Lut [Lot] (Corán 11.88).



Debemos dar cuenta que en el *Corán* los patriarcas hebreos se encuentran transformados en profetas y no sabemos si esta era una tradición que circulaba por el Hiyaz o fue una interpretación de Muhammad. Por otra parte, aparece la mención de tres profetas árabes, que no sabemos si eran parte de una tradición preislámica o son un agregado posterior del libro. En tercer lugar, existe una concepción que une una supuesta tradición de profetas árabes y hebreos, provenientes de tiempos inmemoriales, que serían nada menos que los antecesores de Muhammad.

De todo esto, suponemos que se produce el entrecruzamiento de diversas tradiciones que tienen como finalidad dar un soporte genealógico a Muhammad. El Profeta anunciaba el advenimiento del juicio final y el inminente castigo sobre los soberbios habitantes de La Meca. Era fundamental tener un pasado que sustentara tal afirmación, para ello contaba con el recuerdo de las leyendas bíblicas y de las leyendas sobre las ciudades árabes engullidas por las arenas del desierto.

Nosotros, incapaces de comprobarlo, sospechamos que Muhammad tomó estas diversas tradiciones legendarias que circulaban de forma oral y las entrelazó dándole un carácter profético. Es llamativo que entre los profetas de quienes guarda recuerdo el *Corán* no se encuentran alusiones a los profetas éticos hebreos pero sí a estos personajes legendarios.⁴ Esto nos hace suponer que probablemente por medio de las caravanas circulara por el Hiyaz una suerte de tradición popular sobre los patriarcas bíblicos. Detrás de estos personajes míticos como Hud, Salih, Shuayb, se encontraba el recuerdo de predicadores o profetas que

⁴ En las cadenas de profetas que encontramos en el *Corán* no se encuentra mención a Profetas como Miqueas, Oseas, Amos, Isaías o Jeremías. Contrariamente se le da título de profeta a los personajes legendarios que en la Biblia Hebrea eran conocidos como patriarcas.



transitaron por Siria y Palestina, adentrándose en las remotas regiones del Hiyaz y más allá, llevando el mensaje del Dios de Abraham.

Predicadores en Siria

Así como la Biblia Hebrea guardó el recuerdo del movimiento de los patriarcas hebreos y los pueblos árabes por el Cercano Oriente, la tradición cristiana hizo lo propio. La Biblia Cristiana nos informa sobre Jesús que: «Su fama llegó a toda Siria; le trajeron todos los que se encontraban mal con enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos, paralíticos, y los curo» (Mt 4.24).

Como podemos apreciar la región de Siria de forma temprana se ligó a la tradición cristiana a través de sus escritos más antiguos que se encuentran en los evangelios y las cartas paulinas. Es en de la figura de Pablo de Tarso que podemos encontrar el nexo más antiguo entre la prédica de los seguidores de Jesús con las regiones que unían Siria y Arabia:

Sucedió que, yendo de camino, cuando estaba cerca de Damasco, de repente le envolvió una luz venida del cielo, cayó a tierra y oyó una voz que le decía: «Saúl, Saúl, ¿porque me persigues?» El preguntó. «¿Quién eres, Señor?» Y el: «Yo soy Jesús, a quien tu persigues. Pero levántate entra a la ciudad y te dirán lo que debes hacer» (He 9.3-6).

Al mismo tiempo, leemos:

sin pedir consejo alguno, ni subir a Jerusalén donde los apóstoles anteriores a mí, me fui a Arabia, de donde volví a Damasco. Luego, de allí tres años, subí a



Jerusalén para conocer a Cefas y permanecí quince días en su compañía (Gal 1.17-18).

Estos escritos tempranos del cristianismo primitivo ligaban el origen de la prédica de Pablo con la ciudad de Damasco y la región de Siria, que a pesar de estar en ese momento bajo control romano había sido parte del reino árabe de los nabateos. También se menciona una incursión evangelizadora sobre «Arabia», aunque no podemos precisar a que región se refiere. Siendo cuidadosos con la veracidad de las fuentes podemos sostener que circulaba una tradición temprana que fue adoptada por la Biblia Cristiana, donde se recordaba que Pablo había transitado aquel camino de caravanas que unía Arabia y Siria.

Del mismo modo que ocurriera en la Biblia Hebrea con los grupos que circulaban por aquella región, el cristianismo dio una explicación a su expansión geográfica construyendo figuras fundacionales. Así, retomando los acontecimientos narrados en *Hechos de los Apóstoles* sobre la conversión de Pablo: «Estuvo algunos días con los discípulos de Damasco, y enseguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas» (He 9.19-20), escritos posteriores fundamentaron el origen de aquella comunidad cristiana en Damasco:

Después que nuestro Señor Jesús el Mesías ascendiera a los cielos envió a sus santos discípulos al resto del mundo. Unos llegaron a la ciudad de Damasco y predicaron allí acerca del Mesías. Convirtieron a muchos de ellos [en la fe de] nuestro Señor Jesús el Mesías (Martirio de Ananías, extraído de Monferrer Sala, 2003a: 265-266).

Esta misma tradición que explicaba el origen de las primeras comunidades cristianas en Siria también tuvo presente la necesidad de construir la figura de un «fundador»,



Ananías, mártir, primer obispo en Damasco y nada menos que el encargado de bautizar a Pablo:

En aquellos días había en Damasco un hombre cuya gracia brillaba en el orbe cual astro rutilante y al que la gente llamaba Ananías. Éste convertía a la fe del Mesías predicando como los Apóstoles; de hecho, los apóstoles lo iluminaron en el santo Bautismo. Luego, los Apóstoles lo hicieron obispo en la ciudad de Damasco, resultando ser el primero. [...] Bautizó a Pablo el apóstol por [medio de] una revelación divina como de ello [ya te] ha dado cuenta Lucas el evangelista en el Libro de los Hechos de los Apóstoles” (Martirio de Ananías, extraído de Monferrer Sala, 2003a: 265-266).

Estos fragmentos que hemos citado han sido conservados en árabe en tiempos en que el cristianismo estaba acorralado por la expansión musulmana sobre el Cercano Oriente (Monferrer Sala, 2003b: 30). Nos encontramos atravesados nuevamente con tradiciones legendarias que buscaban mediante estos relatos explicar el origen de una tradición.

Comenzamos este capítulo preguntándonos sobre aquel encuentro legendario entre el monje Bahira y el joven Muhammad en Siria. Podríamos decir que la posterior tradición islámica fundaba el reconocimiento de un santo cristiano sobre el futuro Profeta del Islam. Es así, que cerramos el apartado anterior regresando a Siria, buscando los orígenes de la tradición que explicaba el inicio de aquellos judíos que devendrían en los primeros cristianos. Los discípulos de Jesús, que guiados por su «Obispo fundador» Ananías, tendrían el honor de bautizar nada menos que a Pablo, el apóstol de los gentiles.



Conclusión

En la tierra de los árabes paganos un judío va en busca de sus hermanos de religión para comenzar a predicar el mensaje de Jesús. Siglos más tarde un profeta llega a una tierra de árabes paganos para llevar a los judíos de la ciudad el anuncio del fin de la profecía. Pablo buscaba continuar el mensaje de Jesús llevando las palabras de su Mesías a los judíos de la ciudad de Damasco. Seis siglos después Muhammad, guiado por Allah, también se presentaba como continuador de Jesús llevando su mensaje a los árabes y judíos de la ciudad de Yahtrib.

Desde la presencia de los árabes en las fuentes asirías y bíblicas hasta la llegada de Muhammad a Yahtrib transcurriría cerca de un milenio. Haciendo una retrospectiva podemos ver que, aunque generalmente se alude a la irrupción de los árabes en el Cercano Oriente con los ejércitos del califa Omar lo cierto es que se habían incorporado silenciosamente en el mundo oriental un milenio atrás. En aquel proceso habían ido adoptando las prácticas de aquellas milenarias civilizaciones que les precedían cuando llegaron a estas regiones. Tomaron las creencias de judíos, zoroastrianos, maniqueos, cristianos y helenistas, dando forma a una compleja y diversa cultura en la que sobrevivían y coexistían diversas tradiciones. Habían llegado mucho tiempo antes y habían aprendido de aquellas ricas tradiciones y se hicieron parte de la historia del Antiguo Cercano Oriente. Pero en el corazón de Arabia aún se encontraban pueblos orgullosos de su pasado indómito, cuya memoria no era escrita y habían permanecido en silencio, ajenos a los intereses de las grandes potencias.

Sin embargo, en un contexto nuevo, surcado por guerras y un clima apocalíptico, en un rincón del Hiyaz, en una prospera ciudad, un hasta entonces ignoto hombre finalmente alzó la voz. Este huérfano, de profesión



caravanero, probablemente recorrió el borde de aquellas antiguas civilizaciones e intuyó que detrás de esa ruta se encontraba un mundo desconocido. Un mundo en donde habían surgido una infinidad de profetas, en donde numerosas comunidades religiosas habían sufrido persecuciones. Un mundo en donde las sectas se convirtieron en grandes Iglesias y la ortodoxia destruía libros. En ese devenir se conformó una compleja tradición forjada por el peso de libros prohibidos, leyendas populares, ascetas, visionarios y profetas condenados al destierro. En ese mundo que se volvía denso en los aires del territorio sirio-palestino —árabe— tuvieron razón de ser leyendas como *Los siete durmientes de Efeso* y *Alejandro el Bicornes*, el recuerdo poético de la destrucción de las antiguas ciudades árabes o el relato fundacional de los cristianos en Siria.

En ese contexto, ya no importaba la pertenencia confesional —hunafa, judío, cristiano, maniqueo, zoroastriano o sabeo— pues en última instancia, se adoraba un solo Dios. La fe de ese ser anónimo y de mil rostros, que buscó durante siglos su propia voz en la de Dios, hasta que un día este lo llamó:

Y llegó el ángel y le dijo: “¡Lee! Respondió: «Yo no sé leer» [...]... y así fue como me tomó y apretó fuertemente por tercera vez y luego me soltó y me dijo: ¡Lee en el nombre de tu Señor que te ha creado! Ha creado al hombre de un coágulo. ¡Lee, que tu Señor es el más Generoso! El que enseñó por medio del cálamo, enseñó al hombre lo que no sabía (Muslim, Hádices, LXXIV, 301).

En una cueva del monte Hira comenzó el camino de la revelación. Como Jesús o Pablo sintió el poder de la presencia divina en el desierto. Muhammad tuvo miedo y también dudó. Pero al igual que Jesús rechazó la duda y regresó del desierto a la ciudad para iniciar su prédica.



Consciente de ello retomó la obra de un Jesús profeta y hombre muy cercano al que mantenían los grupos judeocristianos. Siendo así, no es descabellado pensar que gran parte del mensaje original de Jesús no fue continuado por Pablo sino por Muhammad. La tradición de los primeros seguidores galileos y la comunidad originaria de Jerusalén volvía a revivir seis siglos más tarde en La Meca.

Lejos de la ortodoxia de las iglesias oficiales y el poder de los grandes imperios, tal como lo anunciaran mucho tiempo atrás los profetas, la voz de Dios volvía a clamar desde el desierto como tiempo atrás lo anunciara en el Jordán el Bautista: «Dijo él [Juan]: “Yo soy la voz del que clama en el desierto: rectificad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías”» (Jn 1.23).

Referencias bibliográficas

- Frame, Grant (1995). *Rulers of Babilonia: From the Second Dynasty of Isin to the End of the Assyrian Domination (1157-612 BC)* (The Royal Inscriptions of Mesopotamia N° 2). Toronto: University of Toronto Press.
- González Muñoz, Fernando (2007). «La conexión nestoriana. La visión occidental de las relaciones entre nestorianismo e islam». En: *De culturas, lenguas y tradiciones. II Simposio de Estudios Humanísticos*, editado por Paz Romero Portilla y Manuel Reyes García Hurtado. A Coruña: Universidad de Coruña, pp. 121-135.
- Griffith Sidney (2008). «Christian lore and the Arabic Qur'an: the “Companions of the Cave” in *Sūrat al-Kahf* and in Syriac Christian tradition». En: *The Qur'ān in Its Historical Context*, editado por Gabriel Said Reynolds. Londres: Routledge, pp. 109-138.



- Lings, Martin (1989). *Muhammad: Su vida basada en las fuentes más antiguas*. Madrid: Hiperión.
- Liverani, Mario (2005). *Más allá de la Biblia: Historia antigua de Israel*. Barcelona: Crítica.
- Manzano Moreno, Eduardo. (1992). *Historia de las sociedades musulmanas en la Edad Media*. Madrid: Síntesis.
- Masturzo, Nicolò (2002). «Bosra. Disegno e trasformazioni urbane dall'origine all'islam». *Materia E Geometria* 11: pp. 291-298.
- Monferrer Sala, Juan Pedro, ed./tr. (2003a). *Apócrifos árabes cristianos*. Madrid: Trotta.
- Monferrer Sala, Juan Pedro (2003b). «Hanīf < Hanpā: Dos formas de un mismo concepto en evolución. Notas filológicas en torno a un viejo problema». *Anaquel de Estudios Árabes* 14: pp.177-187.
- Moscatti, Sabatino (1960). *Las antiguas civilizaciones semíticas*. Barcelona: Ediciones Garriga.
- Pfoh, Emanuel (2010). «La conexión árabe: Una hipótesis sobre el surgimiento sociopolítico de Israel en Palestina». *Antiguo Oriente: Cuadernos del Centro de Estudios de Historia del Antiguo Oriente* 8: pp. 135-159.
- Rodinson, Maxime (1994). *Mahoma, el nacimiento del mundo islámico*. Barcelona: Ediciones Península.
- Tebes, Juan Manuel (2006). «Lenguaje de parentesco y sistema segmentario en la periferia de Egipto: El caso de Jordania y el Negev en la Edad de Hierro II». En: *Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*, editado por Marcelo Campagno. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones del Signo, pp. 189-210.



Van Bladel, Kevin (2008). «The *Alexander Legend* in the Qur'ān 18:83–102». En: *The Qur'ān in Its Historical Context*, editado por Gabriel Said Reynolds. Londres: Routledge, pp. 175-204.

Vernet, Juan (2001). *Los orígenes del Islam*. Barcelona: El Acantilado.

